ADMINISTRACION
LIRICO-DRAMÁTICA.

EN EL TREN,

JUGUETE CÓMICO

EN UN ACTO Y EN PROSA,

POR

D. FRANCISCO GARCÍA VIVANCO.

MADRID.
SEVILLA, 14, PRINCIPAL.
1878.

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTÍSTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia
T. BORRAS

N.º de la procedencia
2118

EN EL TREN.

OBRAS DEL MISMO AUTOR.

La víspera de un beneficio, comedia en un acto y en verso.
Inocencia y honradez, comedia en un acto y en verso.
Quiero ser periodista, comedia en un acto y en verso.
Las modistas de Madrid, zarzuela en un acto y en verso.
La última crisis, zarzuela en un acto y en verso.
El año 1868 ó una profecía, loa filosófico-fantástica en un acto y dos cuadros, en verso.
Los anonimos, comedia en un acto y en prosa.
Los cómicos de Alcorcon, pasillo cómico-lírico en un acto y en verso.
1872 y 1873, revista cómico-lírica en un acto y en verso. (1).
Os presento mi mujer, comedia en un acto y en prosa (1).
En el tren, juguete cómico en un acto y en prosa.

---

(1) Estas dos obras en colaboracion con D. S. Infanle Palscio.s.

EN EL TREN.

JUGUETE CÓMICO EN UN ACTO Y EN PROSA.

POR

DON FRANCISCO GARCIA VIVANCO.

Estrenado con extraordinario aplauso en el Teatro de VARIEDADES en la noche del 20 de Marzo de 1878.

MADRID.
IMPRENTA DE JOSÉ RODRIGUEZ.—CALVARIO, 18.
1878.

720449

PERSONAJES.	ACTORES.
DOÑA NICOLASA.....	Sra. D.ª Felipa Orgaz.
TERESA.....	Srta. D.ª Isabel Luna.
DON AGAPITO.....	Sr. D. Juan José Lujan.
MR. GUNGLI (inglés).....	» Federico Tamayo.
DON FABIAN.....	» Julio Ruiz.
MIGUEL.....	» Salvador Lastra.
UN REVISOR DE BILLETES...	» José Diez.
UN EMPLEADO.....	» Luis Mazoli.

Vendedoras de agua, mozos de estacion.

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España y sus posesiones de Ultramar, ni en los paises con los cuales haya celebrados ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traduccion.

Los comisionados de la Administracion Lírico-Dramática de DON EDUARDO HIDALGO, son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representacion y del cobro de os derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

AL SR. D. CAMILO PARADELA Y PARADELA.

Testimonio de la verdadera y cariñosa amistad que le profesa

El Autor,

ACTO ÚNICO.

El teatro representa el último carruaje de segunda clase de un tren de viajeros: el testero del coche dá frente al público. El tren se supone en marcha al levantarse el telon.

ESCENA PRIMERA.

MR. GUNGLI al lado de una de las ventanillas: á la otra DOÑA NICOLASA, junto á ésta TERESITA, despues MIGUEL, D. FABIAN y D. AGAPITO, que queda por consiguiente al lado de Mr. Gungli.

FABIAN. ¿Conque al fin se ha decidido usted?

AGAP. ¿Y qué había de hacer?

MIGUEL. (Ap. á Teresa.) (Ya ves cómo te he cumplido mi palabra.)

TER. (Id.) Habla bajo, no lo echemos á perder; si mamá que ya tiene sospechas llegara á convencerse...)

MIGUEL. (Y qué trabajo me ha costado entretenerle para lograr reunirnos á vosotros en el camino.)

NIC. (Como despertando.) Ay...

AGAP. Adios mi dinero.

NIC. ¿Dónde estás, Teresita?

TER. Aquí, mamá.

NIC. Cuidadito con separarte de mi lado. ¿Y mi pobre Pichichi?

AGAP. (Se cayó la casa á cuestas.)

TER. Tan calladito.

NIC. Cuidadito que no se ahogue: á ver Agapito, échale una mirada, y si es caso afiójale el collar.

AGAP. Por vida de...

NIC. ¿No me oyes?

AGAP. (Mira debajo del asiento una cesta donde va un perrito pequeño que al movimiento saca la cabeza: D. Agapito tropieza en las piernas del inglés, que hace un movimiento de disgusto.) Sí, mujer, sí, demasiado?

M. GUNG. Españoles estar siempre en movimienta.

NIC. ¿Duerme?

AGAP. Como un bendito.

NIC. Pues cuidado con incomodarle, ¡pobrecito de mi alma!

AGAP. Así se ahogue.

TER. (Te aseguro que necesito más paciencia... (Á Miguel.)

MIGUEL. Lo comprendo.)

FABIAN. (Reanudando la conversacion.) ¿Y usted cree que curará?

AGAP. Hombre, yo...

FABIAN. Á mí se me figura que el tal Doctor Garrido es un charlatan y nada más.

AGAP. Será lo que usted quiera; pero mi mujer se ha empeñado, y qué vamos á hacerle: con ella no hay más remedio que pagar el pato y sufrir. Ademas que así acabaremos de una vez, y quiere decir que si el Doctor me asegura que no tiene remedio, la dejo que tuerza el pescuezo y abur Perico.

NIC. ¡Ay! cómo me molesta este brazo: maldito reuma. Y cómo se me revuelve el histérico.

MIGUEL. (Esta buena señora parece un hospital ambulante.)

TER. ¿Quiere usted algo?

NIC. No, parece que ya me tranquilizo.

AGAP. (Á D. Fabian.) Diga usted todavía que me quejo de vicio, pero le aseguro que otros por ménos se colgarían de un árbol.

FABIAN. Es preciso tener paciencia.

AGAP. ¿Paciencia, eh? Ni el santo Job podría compararse conmigo.

NIC. Achí... a... chí. (Estornudando fuertemente.)

AGAP. Otra te pego.

NIC. Achí... (Incorporándose.) Es claro, con semejante airecillo quién no se constipa? Agapito, cierra esa ventanilla. (D. Agapito se levanta para cerrar y da un fuerte pisoton al inglés.)

M. GUNG. ¡Oooo! bárbaro.

AGAP. ¿Eh? (Forcejeando la ventanilla.) Que si quieres.

NIC. ¿Pero que haces? Jesús que hombre más torpe.

AGAP. Huy eif hii... i... (Quejándose y apretando la mano izquierda con la derecha.)

MIGUEL. ¿Qué sucede?

AGAP. Hui... i... i... (Llevándose los dedos á la boca.)

TER. ¿Qué es eso, papá?

AGAP. Una friolera. Me he espachurrado el índice.

NIC. Me alegro, por bruto.

AGAP. ¡Nicolasa!

NIC. Y si al ménos hubieras cerrado.

MIGUEL. Á ver si yo puedo. (Acercándose á la ventanilla.)

FABIAN. Eso no vale nada.

TER. Un poco de árnica y se pasa: en la cartera debe usted llevarla.

AGAP. Es verdad. (Saca de la cartera un frasco pequeño.)

MIGUEL. Ya está. (Cerrando.)

NIC. Gracias á Dios: á ver si puedo descansar.

AGAP. Hui... i... i...

FABIAN. ¿No pasa el dolor?

AGAP. Dios mio, si es el frasco de la tinta. (Tirándole.)

TER. (Ahora se duerme. (A Miguel.)

MIGUEL. Mejor, con eso aunque sea bajito podremos hablar un rato.)

AGAP. ¡Ay, don Fabian de mi alma y como le envidio! ¡Qué dichoso estado el de la viudez!! (Doña Nicolasa ronca.)

TER. No te lo dije.

MIGUEL. Si, ya oigo.

FABIAN. ¿Y por qué?

AGAP. ¡Pues me gusta la pregunta!

FABIAN. Cada uno habla de la feria segun le va en ella. (Durante todo el siguiente diálogo Teresita y Miguel no cesan de hablar bajo, observando á veces si duerme doña Nicolasa: ésta de vez en cuando ronca ó hace algun movimiento que interrumpe la conversacion de aquellos.)

AGAP. Por eso precisamente me quejo, y si no escúcheme y juzgue. Treinta y seis años hace que me casé, y desde entónces puede decirse que no he gozado un solo dia de tranquilidad. Aún no había cumplido el año de matrimonio cuando al primer tapon... ya tuvimos un mal parto...

FABIAN. Buen principio.

AGAP. Por aquella época, quiero decir, cuando la dichosa boda, tenía yo mi comercio de lanas; pues señor, mi cara mitad se empeñó en que un hombre que se apellidaba Cordero no debía exponerse á que le trasquilaran, y no hubo remedio, que quieras ó no quieras, tuve que reducir mis lanas á maravedises y resignarme á vivir de mis escasas economías. Se restablece por fin Nicolasa, y cuando ya pensaba que no había de que, nos da Dios una hija, con su correspondiente ama de leche; se aumentan los gastos, y al ver que mis ahorros se los llevaba el diablo, vuelvo mis ojos al comercio como áncora de salvacion y me dedico al tráfico en cueros.

FABIAN. ¡En cueros!!...

AGAP. Si señor, en cueros y curtidos; pero la suerte, que ya me había vuelto las espaldas, me fué tan poco propicia, que una noche en ménos de dos horas ví mis cueros convertidos en cenizas, quedándonos toda la familia casi en idem.

FABIAN. Efectivamente, no tiene usted motivos para estar contento de su suerte.

MIGUEL. (Á Teresa.) (La cosa marcha.

TER. (Á Miguel.) ¡Si durara todo el camino la conversacion!)

AGAP. ¿Y usted va á Madrid?

FABIAN. Á dar el último golpe.

AGAP. ¡Cómo! usted...

M. GUNG. Mí haber sentido un cuerpo extraña. (Mira debajo del asiento; ve al perro, y dando un puntapié á la cesta donde va metido, exclama:) ¡¡Oh!!...

AGAP. ¿Eh?

M. GUNG. ¡Diablo de animalita!

PABIAN. ¿Qué es eso?

AGAP. Qué ha de ser, el Pichichi que por lo visto ha hecho alguna caricia á las canillas del inglés. (Se queda mirando fijamente á Mr. Gungli.)

M. GUNG. Si osté querer viajar con animalitas, osté llevarlas encima. (Poniéndole la cesta en las manos.)

AGAP. El caso es que tiene razon. ¿Y qué hago yo ahora?

TER. Démele usted, le pondré aquí debajo.

AGAP. No, hija mia, prefiero cargar con el Pichichi á que tu madre se despierte y empiece de nuevo la funcion. (¡Cuando digo que merecía una albarda!) Conque decía usted que va á Madrid... (Coge el perro, que sigue metido en el cesto, y lo lleva encima, procurando siempre evitar que se salga acariciándole unas veces y amenazándole otras.)

FABIAN. Resuelto á dar el último golpe á mi fortuna, ó lo que es lo mismo, á hacer un capital seguro en poco tiempo.

AGAP. ¿Y se puede saber?...

FABIAN. Es muy sencillo: por más que se diga de la Habana, yo creo que la guerra... á veces la política, los gobiernos...

AGAP. ¿Qué irá á decir? Observe usted. (Por el inglés.)

FABIAN. ¿Qué?

AGAP. Que no las tengo todas conmigo. ¿Quién nos asegura que este mamarracho, esa especie de fardo con patillas de azafran y una sola ventana no es un...

FABIAN. Todo es posible. Hablaré más bajo.

AGAP. Por vida del perro, de mejor gana... (Haciendo ademan de ahogarle.)

FABIAN. Pues bien, la campaña de Cuba... (Hablan bajo D. Agapito y D. Fabian.)

TER. (¿No es verdad que esto parece un sueño? (Á Miguel.)

MIGUEL. Y tanto, un sueño del que sólo quisiera despertar en la

Vicaría.

TER. ¿Y falta mucho para llegar á Madrid?

MIGUEL. Desgraciadamente no.

TER. Parece que el tren vuela; si hace dos años nos lo hubieran dicho...)

AGAP. Pero eso es imposible,' don Fabian: ademas hay negocios que rechaza la conciencia.

FABIAN. Buenos están los tiempos para acordarse de esa señora.

AGAP. ¡Comprar y vender hombres lo mismo que si fueran trastos viejos! ¿Y puede esto autorizarse?

FABIAN. Es un comercio como otro cualquiera. ¡Y si usted supiera los empresarios de quintos que hay en España! Como que es uno de los mejores negocios del dia.

AGAP. Calle usted, hombre, calle usted, por Dios; parece mentira. Así está el mundo.

FABIAN. Á bien que nosotros no le hemos de reformar.

AGAP. (Reparando en la conversacion de Miguel y Teresa.) ¡Caracoles! y yo que distraido con la conversacion no había reparado... Á ver, señorita, si viene usted aquí á mi lado.

TER. (Dios nos ampare!) Pero si mamá no quiere que me aparte del suyo.

AGAP. ¿De veras, eh?

MIGUEL. (Á Teresa.) (Á la primera ocasion...

TER. Calla; no lo eches á perder.)

AGAP. Tenga usted la perra, y cuidado con otra.

TER. Pero si yo...

AGAP. Silencio.

M. GUNG. (Reparando en Teresa.) ¡Oh qué niña más bonita! yo querer ser perra por ir encima de la faldamienta.

AGAP. ¿Y dice usted que hay tantos empresarios de ese género?

FABIAN. Ya lo creo.

MIGUEL. (Gracias que ya se ve la estacion, que si no me iba á divertir al lado de la vieja.)

TER. ¡¡Ah! (Haciendo un movimiento y mirando á Mr. Gungli.)

AGAP. ¿Qué es eso?

TER. Nada, sino que este espantajo de animalito... (Sin dejar de mirar al inglés.)

M. GUNG. Señoritas españolas ser mocho sensibles... (Se oye el silbido de la locomotora que indica se acerca á una estacion.)

FABIAN. Ya estamos en Alcalá. ¿Qué hora tiene usted?

AGAP. (Saca el reló.) ¿No lo dije?, parado: ya se ve, con este maldito movimiento, al darle cuerda esta mañana.. ¡Quiera Dios que sea este el último contratiempo!

UNA VOZ. Alcalá, diez minutos. (Para el tren.)

AGAP. Gracias á Dios: aquí podremos comprar cigarros, pues con la prisa olvidé la petaca. ¡Ay qué viaje, qué viaje! ¿No viene usted?

FABIAN. Sí señor; vamos, Miguel. (Al ir á bajar D. Agapito Mr. Gungli se interpone.)

M. GUNG. Mí estar primera; mí no consentir...

AGAP. (Ya me va cargando este inglés.) Tú quédate ahí con tu madre que, gracias á Dios, duerme como un liron.

TER. Sí, papá.

MIGUEL. (Voy á comprarte una caja de almendras y vuelvo en seguida.

TER. Cuidadito con que tardes.)

AGAP. ¡Ay, ay, ay! (Se supone que al bajar ha caido al suelo.)

TER. ¿Qué es eso, papá? (Asomándose.)

MIGUEL. No ha sido nada.

TER. ¿Se ha hecho usted daño?

AGAP. No voy á poder sentarme en quince dias. ¡Huy, y el pantalon... vaya un ventanillo!

FABIAN. Vamos, que no hay tiempo. (Todo esto dicho fuera de escena.)

ESCENA II.

TERESA sola.

(Despues de observar si Doña Nicolasa duerme.) Duerme: aprovechemos la ocasion. (Saca del cabá una tarjeta fotografica.) Si mamá supiera que me había retratado sin su

consentimiento, pobre de mí! pero como Miguel tenía tanto empeño... Es preciso que se decida á hablar á papá, porque esta situacion es ya demasiado pesada; siempre con temores, siempre con sobresaltos. Lo peor es si su tio, hombre tan interesado, se opone á nuestros proyectos; pero Miguel dice que en queriendo los dos basta para casarse; conque si es así... Ahora que puedo variaré de sitio, porque el dichoso inglés trae un teje que teje con el pie derecho, y con los dos cuando puede, que ya. ya; Y eso que yo... pero nada, aguanta los pisotones como si tal cosa; y tú, animalito, á ver si te estás quieto. (Le arropa, le obliga á meterse en la cesta y le coloca debajo del asiento.)

ESCENA III.

TERESA, MIGUEL, desde el estribo del wagon.

MIGUEL. ¿Qué tal, he tardado mucho?

TER. Un poquito.

MIGUEL. Aquí tienes lo prometido.

TER. ¡Y para qué has hecho eso? En fin, lo admito en cambio de otra cosa que tengo guardada para tí; pero si no lo aciertas ántes no hay nada de lo dicho.

MIGUEL. Ah, sí, tu retrato: ya era hora por cierto.

TER. Si supieras cuánto trabajo me ha costado darte este gusto.

MIGUEL. Qué buena eres.

TER. Pero te le doy con una condicion.

MIGUEL. Aceptada desde luégo.

TER. Que has de hablar á mis padres en seguida.

MIGUEL. Si no es más que eso pronto serás complacida; en cuanto esté colocado.

TER. ¿Y cuándo llegará ese dia?

MIGUEL. Muy pronto; tal vez dentro de un mes: mi tio tiene buenos amigos en Madrid, y al salir de Guadalajara me lo dijo: tú serás empleado, Miguel, no lo dudes, y aunque la verdad es que no eres muy fuerte en gramática

ni en contabilidad, ni en todas esas pequeñeces, como yo soy elector y me deben muchos favores, he de sacarte un empleillo de diez ó doce mil reales por ahora, que más adelante ya veremos.

TER. ¿De veras? Dios le oiga; y entónces...

MIGUEL. Entónces nos casamos.

TER. ¿No te arrepentirás cuando llegue el caso?

MIGUEL. ¡¡Teresa!!...

TER. Perdóname, Miguel, no sé lo que me digo. Toma, (Le da el retrato.) y la Vírgen quiera que acabe pronto esta situacion.

MIGUEL. No lo desearás tú más que yo, ángel mio. (Al coger el retrato la dá un beso en la mano.)

ESCENA IV.

MIGUEL, TERESA y los demas personajes que van llegando á medida que se indica en el diálogo.

M. GUNG. (Que aparece con mucha calma al oir el beso.) Mí llegar oportunamienta, mí haber oido... (Sube al coche fumando un tabaco y se sienta.)

AGAP. (Desde fuera.) No dejar uno siquiera. (Campana, silbato y marcha de tren.)

FABIAN. (Id.) Eso es una grosería, una....

AGAP. Ojalá reviente.

FABIAN. (Á Miguel.) ¿Y tú dónde te has metido? (Van subiendo al carruaje.)

MIGUEL. He ido á beber agua.

AGAP. Y luégo dicen que los ingleses son tan bien educados.

TER. ¿Qué ha sido eso, papá?

AGAP. Nada, hija mia, nada de particular; ¿y tu madre?

TER. No ha dicho esta boca es mia.

AGAP. Gracias á Dios.

TER. Y el golpe, ¿le duele á usted mucho?

AGAP. Así, así: el pantalon es el que ha pagado la fiesta. (Enseñando un gran desgarron.) Pero no es eso lo que me rabia, sino que...

FABIAN. ¡Llevarse todos los cigarros! (Siempre mirando al ingles.)
MIGUEL. ¿Pero qué les ha sucedido á ustedes?
AGAP. Dejarnos sin fumar. (Id.)
FABIAN. Es una grosería. (Id.)
M. GUNG. Mí no estar grosería, mí estar fumador y...
AGAP. Nosotros tambien.
M. GUNG. Yes; pero mí bajar primeramente que ustedes, mí pagar tambien primera y...
FABIAN. Y eso es razon?
M. GUNG. Yes.
FABIAN. ¿Yes?... Yeso es lo que tú deberías fumar. Si no fuera por armar un escándalo...
MIGUEL. Pero tio...
AGAP. Lo qué es á mí me dan unas intenciones...
TER. Cálmese usted, papá.
M. GUNG. ¡Oh! no estar cigarra, estar tagarnino española. (Arroja el cigarro por la ventana.)
AGAP. Castigo de Dios.
MIGUEL. (¿Y estareis mucho tiempo en Madrid?
TER. Yo no sé; pero hasta que mamá se ponga mejor...)

ESCENA V.

DICHOS, un REVISOR de billetes, que desaparece en cuanto termina su cometido.

REVISOR. (Por la ventanilla.) Los billetes señores, ¿me hacen ustedes el favor?
M. GUNG. Yes. (Dando el suyo.)
FABIAN. Tome usted los nuestros. (Se los da.)
AGAP. Á ver, niña, dale los billetes al señor.
TER. Si los lleva usted.
AGAP. Yo... (Busca en todos los bolsillos.) Pues no los encuentro.
FABIAN. Los habrá usted perdido.
AGAP. No señor.
FABIAN. Tal vez los lleve usted en la cartèra.
AGAP. Á ver. (Abre la cartera.) Tampoco.
MIGUEL. Se le habrán caido.

AGAP. Á ver si por aquí debajo. (Saca una caja de fósforos y al encender se inflaman. Mr. Gungli da un salto, Doña Nicolasa se despierta; momento de confusion, el perro sale del cesto.)

M. GUNG. ¡Oh!

TER. ¡Dios mio!

AGAP. No lo dije: otra desgracia.

NIC. ¿Qué es eso? fuego, fuego. (Todos apagan el fuego.)

MIGUEL. No es nada, señora.

NIC. Dios mio, ¿y mi pobre Pichichi? ¡qué humo! yo me ahogo... ag... ag... agua. (Tose.)

AGAP. ¡Para cuando son los rayos!

NIC. Teresita, dame el perrito, (Teresa se le da.) Morronino mio, ¿quién te quiere á tí? ven, que yo te arroparé.

M. GUNG. Osté estar tonta: osté ir como el español de la borrica montado sobre ella y no verla.

AGAP. ¿Qué dice?

MIGUEL. Ese caballero tiene razon, los billetes los lleva usted encima.

AGAP. ¿Dónde?

MIGUEL. En la cinta del sombrero.

AGAP. Es verdad, á lo calavera; tome usted, hombre, tome usted.

REVISOR. Está bien: gracias. (Se retira.)

NIC. ¿Dónde estamos ya? Tengo una sed que me abrasa: ahora que descansaba y me sentía un poco mejor... podías ménos de hacer alguna de las tuyas. ¡Qué hombre, Dios mio, qué hombre!

AGAP. Sólo me faltaban ahora tus sermones.

NIC. Y á mí tus inconveniencias, y si pudiera moverme... (Tose.)

AGAP. (Me arañaba de fijo.)

TER. Por Dios, mamá.

FABIAN. No se altere usted.

MIGUEL. Eso no vale la pena.

NIC. ¿Y á usted quién le mete?

MIGUEL. (Valiente suegra me voy á echar.)

NIC. (Ya me carga este mono.)

(El coche sufre una gran sacudida que produce un momento de

espanto en todos ménos en el inglés, que no se mueve siquiera: se oyen gritos que se supone son de viajeros que van en otros coches, el tren, sin embargo, no suspende la marcha.)

NIC. ¡Jesús!
TER. ¡Dios mio!...
MIGUEL. Teresa.
FABIAN. ¿Qué es eso? (Á un tiempo.)

AGAP. ¿Qué ha de ser? yendo yo algun descarrilamiento de fijo.

M. GUNG. ¡Oh, no ser descarriíamienta por desgracia!

NIC. ¿Eh?
FABIAN. ¡Oiga!
MIGUEL. ¿Cómo?
TER. ¡Vaya! (Á un tiempo.)

AGAP. El demonio del hombre...

M. GUNG. Mí ser aficionado á las emociones fuertas: mí viajar apropósito por esta línea de las descarrilamientas, y no haber ninguna. ¡Oh qué spleen!

AGAP. De buena gana le tiraba por la ventanilla.

MIGUEL. (¿Te has asustado?

TER. Ya pasó.)

NIC. De fijo que con el susto se me revuelve el histérico.

AGAP. Parece que el tren marcha muy despacio.

MIGUEL. (Asomándose.) Es que llegamos á otra estacion. (Silbido de la máquina. El tren para y se oye una voz que dice.)

VOZ. Torrejon, dos minutos.

ESCENA VI.

DICHOS y VENDEDORAS de agua.

MUJ. 1.ª (Todas las voces se suponen dadas en la estacion.) Agua, a...

OTRA VOZ. Agua fresquita.

VOZ 1.ª ¿Quién quiere beber?

VOZ 2.ª Aguardiente, rosquillas.

NIC. Aquí, aquí.

AGAP. Á ver, un vaso. ¿La quieres con aguardiente?

NIC. Mejor será.

VOZ 1.ª Allá va. (Toma el vaso D. Agapito, y mientras bebe Doña Nicolasa le da una moneda á la aguadora.)

NIC. ¿Quieres un poquito, hermoso? (Al perrito.)

AGAP. Tome usted y venga la vuelta.

VOZ 1.ª Ya voy.

AGAP. Despache, mujer de Dios, no ve usted que el tren va á marchar? (Campana de la estacion, silbato y marcha de tren.)

AGAP. No lo dije: adios mi dinero; esto es un escándalo, un robo, un...

VOZ 1.ª Hasta la vuelta.

AGAP. ¡Una peseta por un vaso de agua!

NIC. Bien empleado te está por bestia; á quién no se le ocurre llevar suelto? (Se oye el silbato de otra locomotora, suponiéndose ser la del tren ascendente.)

FABIAN. Si usted lo hubiera dicho...

TER. Yo llevaba unos cuartos.

AGAP. Á buena hora. Y cómo se rie... ya te daré yo la vuelta, granuja... hembra. (Cruza el otro tren; al divisarse ó suponer que pasa, se oye griterío de los viajeros. D. Agapito no se mueve de la ventanilla.)

FABIAN. Quítese usted de la ventanilla que viene el tren de Madrid.

TER. Sí, papá, no sea que tengamos otro disgusto. (Se oyen voces, todas de hombre, que cantan:)

«Ahora sí que estarás contentona,
mandilona, mandilona, etc.»

NIC. ¿Pero qué significa?...

MIGUEL. (Asomándose.) Toma, pues si son los peregrinos.

NIC. Á ver, á ver. (Todos incluso el inglés, miran por la ventanilla.)

FABIAN. Y van muchos.

M. GUNG. ¡Oh! mochos!!

TER. ¡Ay, cuántos!

FABIAN. Mire usted, en aquel coche casi todos son capellanes.

MIGUEL. Lo ménos van veinte.

TER. ¡Calle, una señora tambien!

NIC. ¡¡Eso qué tiene de particular!!

AGAP. Será el ama.

MIGUEL. Como quien dice, la cantinera.

M. GUNG. Yes, españoles ir á la peregrinamienta sin conchos, pero llevar cantineras y los alforjos al hombro. (El tren ascendente continua la marcha, oyéndose aún el canto de los peregrinos.)

TER. ¿Y son los que van á Roma?

MIGUEL. Así parece.

TER. ¡Quién pudiera acompañarlos!

MIGUEL. ¡¡Teresa!!

TER. Por ver...

NIC. (Observando la conversacion.) ¡Otra vez! Á ver, niña, si callas, que quiero descansar.

TER. Pero mamá...

NIC. No hay pero que valga.

TER. Bueno. (Hace seña á Miguel de que calle hasta que duerma Doña Nicolasa.)

AGAP. (Á D. Fabian.) Sabe usted, amigo don Fabian, que á pesar de rechazarlo mi conciencia, no puedo apartar de la imaginacion ese negocio que lleva usted á Madrid, porque despues de todo...

FABIAN. Cuando le digo á usted que ante la perspectiva de un buen negocio no hay ojos indiferentes, ni oidos sordos...

AGAP. Si yo tuviera dinero tal vez... por supuesto sin dar la cara.

FABIAN. Ya, sin dar la cara, pero alargando la mano.

AGAP. En fin, dentro de un mes hablaremos.

FABIAN. Como usted quiera.

NIC. Achí. (Estornudando.) Ya volviste á dejar abierto; te aseguro que con tus cuidados...

AGAP. Pero mujer... (Se levanta y va á cerrar la ventanilla. Tropieza en el inglés.)

M. GUNG. Osté no estar nunca quieta, osté cargarme á mí.

AGAP. ¿Y usted á mí no, eh? Cuando digo que á este inglés le voy á meter las antiparras en los ojos.

M. GUNG. (Riendo.) Osté no meterme á mí nada.

FABIAN. ¿Se ve la otra estacion?

AGAP. (Mirando.) No distingo, pero parece... ¡ay, ay, ay!...

TER. ¿Qué es eso?

AGAP. Ay, ay... (Llevándose las manos á los ojos.)

NIC. ¡¡Otra tenemos!!

AGAP. Está visto, soy el rigor de las desdichas. Por Dios, don Fabian, sópleme usted, sople.

TER. ¿Pero qué ha sido?

AGAP. ¡Qué ha de ser! una chispa de la máquina que se me ha metido en este ojo.

NIC. Castigo del cielo.

M. GUNG. Yes; castigo del cielo: el quererme meter al ojo y ser metida en el suyo.

AGAP. Maldito viaje, maldito ferro-carril.

TER. ¿Pasó ya?

AGAP. Sí, pero me escuece mucho.

FABIAN. Eso no es nada.

NIC. Parece una...

MIGUEL. Accidentes de viaje.

AGAP. ¡Ah! (Respira fuertemente.) Diga usted luégo que no soy el hombre más desgraciado de la tierra: yo creo que este diablo (Por el inglés.) me ha hecho mal de ojo.

NIC.)Falta mucho todavía para llegar á Madrid?

FABIAN. No señora, tres estaciones.

TER. (Á Miguel.) (¿Y tendremos que separarnos tan pronto?

MIGUEL. Ya encontraremos medio.)

NIC. Si pudiera echarme de este lado.

AGAP. ¡¡Ah!! ¡¡Oh!! (Llevándose la mano al vientre.)

FABIAN. ¿Otra vez?

TER. ¿Le escuece á usted todavía?

AGAP. No es eso, sino que... (Silbido de la máquina. Pára el tren.)

VOZ. San Fernando, un minuto.

AGAP. ¡Un minuto!!... Gracias á Dios. (Se dirige precipitadamente á la ventanilla.)

TER. ¿Dónde va usted?

FABIAN. Si no se puede bajar.

AGAP. (Abriendo.) Pues aunque no se pueda...

MIGUEL. Que no hay tiempo, repare usted.

AGAP. (Bajando.) Para andarme en reparos estoy yo. (Suena la

campana de la estacion, el silbato, y el tren se pone en marcha.)

ESCENA VII.

DICHOS, ménos D. AGAPITO.

FABIAN. No lo dije... (Todos se agolpan á la ventanilla.)
MIGUEL. Don Agapito, eh, Don Agapito...
TER. Papá.
MIGUEL. Nada.
FABIAN. No le veo.
TER. ¡Dios mio!
NIC. (Sin levantarse.) No tengan ustedes cuidado que no se perderá.
FABIAN. Esta mujer no tiene corazon.
TER. ¿Qué le habrá sucedido?

ESCENA VIII.

DICHOS, D. AGAPITO.

AGAP. (Desde fuera dando voces.) Teresa... don Fabian... Nic o lasa...
FABIAN. ¡Ah!!
TER. ¡Eh!!
M. GUNG. ¡Oh!!
MIGUEL. Aquí está.
NIC. ¿Viene entero?
TER. ¡Papá!
AGAP. (Asomando la cabeza por la ventanilla.) Ayúdenme ustedes
MIGUEL. Agárrese usted bien, no tenga miedo.
FABIAN. Ayude usted, hombre de Dios. (Al inglés.)
M. GUNG. Mí no tener conocimienta...
FABIAN. Vaya usted al infierno.
AGAP. (Que le entran á puñados.) ¡Ah, gracias á Dios! (Entra desabrochado el chaleco, los tirantes caidos y en completo desórden el traje.)
FABIAN. ¿Pero á quién se le ocurre?...
NIC. Es claro, solamente á él.
TER. Yo bien decía...
NIC. Ya le advertí...

FABIAN. Si nos hubiera oido...

NIC. ¡Como es tan terco!...

AGAP. Pero señores, si no podía más; en mi caso cualquiera hubiera hecho lo mismo.

FABIAN. Ya, pero...

AGAP. Qué pero ni qué camuesa: hubiera usted preferido que...

NIC. Calla, grandísimo...

AGAP. Pero ahora que reparo ¿y mi cartera? ¡Válganme las once mil vírgenes! Sí, sí, no cabe duda; yo la llevaba encima cuando bajé, y como me estorbaba para...

FABIAN. Pues cuéntela usted con el dinero que me llevó á mi doña...

AGAP. Eso sí que no. (Asomándose á la ventanilla.) ¡Eh, conductor, caballero conductor! (Gritando.) ¡Qué si quieres!

MIGUEL. ¡Pobre don Agapito!

AGAP. (Gritando con más fuerza.) Conductor: nada, nada, (Dejándose caer en el asiento.) yo sudo, yo no puedo más, quisiera morirme, quisiera...

FABIAN. ¿Llevaba usted dinero en ella?

AGAP. No señor.

FABIAN. Pues entónces...

NIC. ¿Conque has perdido la cartera?

AGAP. Sí, mujer, sí, he perdido la cartera, la paciencia... todos y ojalá que perdiera la... esto es insoportable.

NIC. ¡La cartera, con el frasco de árnica, la hipecacuana y el aceite de bellotas! ¡Qué marido más imbécil!

AGAP. ¡Y qué mujer más... (Se oye el silbido de la máquina.)

ESCENA VIII.

DICHOS y el JEFE de estacion.

VOZ. Vicálvaro, un minuto, (Para el tren.)

AGAP. ¿Dónde está el Jefe?

MIGUEL. (No te apures, Teresa mia.

TER. Pero no ves...)

JEFE. (Desde la ventanilla.) Servidor de usted.

AGAP. Caballero... es el caso... que, si no puedo hablar, que

en la última estacion tuve un...

JEFE. Bien, y qué.

AGAP. Que al bajarme... ya comprenderá usted. (Suenan la campana y el silbato y el tren se pone en marcha.) Pero hombre, porla Vírgen, diga usted que espere la máquina, nada... me dejé la cartera y... (Sigue gritando.)

ESCENA IX.

DICHOS ménos el JEFE de estacion.

FABIAN. El sombrero, don Agapito, el sombrero.

AGAP. ¿Cómo? (Se lo lleva el aire.) Sí, á buena hora. ¡Para cuándo son las pulmonías!

M. GUNG. Osté quedar desnuda.

AGAP. (Cambiando de tono y actitud.) Sí señor, desnndo; pero vive el cielo que tambien el sufrimiento se agota, y usted va á pagar mi furia, usted que es mi mala sombra.

M. GUNG. Osté estar quieta.

AGAP. Yo estaré como me dé la gana, y ni usted ni todos los ingleses de London han de impedir que yo desahogue mi rabia, si señor, mi rabia, y que...

M. GUNG. Perros rabiar solamente, y si osté estar perra, osté darle la morcilla.

AGAP. ¿La morcilla, eh? No va á ser mala la que yo voy á darte. (Amenazándole.)

M. GUNG. ¡¡Oh!! (Enseñando los puños.)

TER. Papá...

FABIAN. Pero don Agapito...

MIGUEL. Señores...

NIC. No hay cuidado, que no se comprometerá.

M. GUNG. ¿Osté desafiarme á mí?

AGAP. Como usted quiera: sí señor, le desafío, le mato, me le como en *bisté* al estilo de su país.

M. GUNG. Osté estar en equivocamienta: mi no aceptar.

AGAP. Entónces será usted un...

M. GUNG. Inglés, que no se bate sin conocimienta de las personas.

AGAP. En llegando á Madrid lo veremos. (Se apacigua y se sienta.)

FABIAN. Vamos, hombre.

MIGUEL. Eso no vale la pena.

AGAP. ¿Conque no vale la pena, eh? Á cualquiera le ponía yo en mi lugar, y veríamos á ver si se quejaba: un hombre que viaja contra su gusto, que está á punto de perder un ojo, que paga una peseta por un vaso de agua, que se queda sin cartera, y que tiene que entrar en Madrid con la cabeza al aire y los pantalones riéndose por detrás de sus desdichas, debe estar muy contento y poner cara de pascua.

FABIAN. Tiene usted razon; pero cuando las cosas no tienen ya remedio, y ademas como dijo el otro, «no hay mal que por bien no venga.»

MIGUEL. Ya pocas pueden ser las aguas malas.

FABIAN. Sí, poco nos falta para llegar.

AGAP. Gracias á eso, que si no, es posible no entrara en Madrid con hueso sano.

TER. ¿Qué estacion será aquella?

MIGUEL. Será Vallecas.

FABIAN. Pues nos iremos previniendo, porque es la última.

TER. ¿Lo oye usted, mamá?

NIC. Sí, ya oigo.

TER. ¿Qué tal, se encuentra usted con fuerzas?

NIC. Así, así.

TER. ¿Por qué no prueba á incorporarse?

NIC. Ayúdame y veremos.

TER. Despacito.

NIC. ¡¡Ay!! Se me ha dormido este pie.

MIGUEL. ¿Quiere usted que la ayude? (Para el tren.)

VOZ. Vallecas, un minuto.

ESCENA X.

DICHOS, VENDEDORAS.

VOZ. Agua fresquita.

OTRA. Quién quiere rosquillas.

VEND. (Asomándose á la ventanilla.) ¿Quiere usted agua, caballero?

AGAP. Yo, un demonio que te lleve.

VEND. El diablo del señor.

OTRA. Miste el tio. (Voces y gritos.)

AGAP. Á ver si aquí... eh, mozo, mozo, ¿está por ahí el jefe? (Campana, silbato y marcha el tren.) ¡Maldita campana, nada, no hay remedio, me apedrean los muchachos en cuanto entre en Madrid!

FABIAN. Pues señor, puede decirse que hemos llegado: ahora vendrán á recoger los billetes.

AGAP. Los... ¿qué ha dicho usted?

FABIAN. Los billetes, sí señor.

AGAP. Este sí que es el trueno gordo... ¡yo que los puse en la cartera para mayor seguridad! ¡Qué va á ser de mí!

FABIAN. Es verdad.

M. GUNG. Mi dar lástima el pobre don Agapita.

TER. ¿Y cómo se arregla esto?

AGAP. Yo creo que me va á dar algo; la sangre se me sube á la cabeza.

NIC. Eso digo yo, ¿cómo nos arreglamos?

AGAP. Eso digo yo tambien, cómo se arregla?

FABIAN. Sólo hay un remedio.

AGAP. Tal es mi opinion: no hay más que uno, que busquen la cartera y...

FABIAN. No quiero decir eso.

AGAP. ¿Pues entónces, cuál es el remedio?

FABIAN. Pagar otra vez el importe de los billetes.

AGAP. Pues diga usted que el remedio es peor que la enfermedad; no faltaba otra cosa, primero me dejo ahorcar.

FABIAN. Pues prevéngase usted, porque se acerca el momeuto: estamos casi en Madrid.

MIGUEL. Efectivamente, ya se ve el Observatorio del Retiro, el cuartel de Inválidos y el Hospital general.

AGAP. Allí me parece que tendremos que ir á parar.

NIC. Á ver, niña, ves recogiéndolo todo, no se nos olvide algo.

TER. (El tren para.) Qué, ¿hemos llegado?

ESCENA XI.

DICHOS y el EMPLEADO que recoge los billetes.

EMP. Buenos dias, señores.

FABIAN. ¿No se lo dije á usted?

AGAP. Yo me ahogo.

EMP. ¿Tienen ustedes la bondad de darme los billetes?

AGAP. *Consumatum est.*

FABIAN. Tome usted. (El inglés alarga el suyo.)

EMP. Usted, caballero.

AGAP. Yo... diré á usted, no los tengo... pero es lo mismo.

EMP. ¡¡Cómo!!

AGAP. Quiero decir, que los traía en la cartera de viaje para mayor seguridad, pero al llegar á San Fernando me ocurrió una de esas necesidades... ya puede usted comprender... pues bien, con la prisa, al subir al coche noté que me faltaba la cartera, quise reclamar en la primera estacion, pero nada, por más que grité no pude lograr que me oyeran.

EMP. Está bien.

AGAP. Eso digo yo.

EMP. Con abonar el doble del importe de los billetes.

AGAP. ¿Cómo se entiende?...

FABIAN. ¿Tenía yo razon?

NIC. ¿Lo ves, imbécil, lo ves?

AGAP. ¿Pues no faltaba más, cuando yo puedo probar...

EMP. ¿Y á mí qué me cuenta usted?

AGAP. ¿Pues á quién he de contárselo?

EMP. Eso al jefe de la estacion, y él verá lo que ha de hacer. (Desaparece el Empleado, al mismo tiempo que por la otra ventanilla asoma la cabeza un guardia civil.)

AGAP. (Á D. Fabian.) Y usted cree... (Asustado al ver al guardia.) ¡Dios mio! la guardia civil: ¿si tendremos alguna nueva desdicha?

FABIAN. No se alarme usted, es que miran si viene algun militar.

AGAP. ¿Para registrarle?

FABIAN. No, hombre, no, sino que... (Le habla al oido.)

AGAP. ¡Ah, ya caigo! (El tren marcha como lo hace al entrar en el anden.)

NIC. Conque es decir, que si el jefe dice que nones, tendremos que pagar tres veces los billetes; este es el fruto de tus bestialidades.

AGAP. Y si no accede, te dejo á tí en prenda hasta que parezca la cartera, y ya verás cómo así la encuentran al momento.

NIC. ¿Á mí?

FABIAN. Todo se arreglará, señores; el inspector del gobierno es amigo mio, y tal vez hablándole...

AGAP. Gracias, don Fabian.

NIC. Si no fuera por usted... Teresita.

TER. Mamá.

NIC. Vé sacando los bichos.

TER. Voy.

NIC. Ten cuidado con la perdiz y la gata.

TER. (Saca una cesta de debajo del asiento donde se supone va el gato, y una jaula da perdiz.)

NIC. Y tu pobrecito, ven, que yo te arroparé... no te vayas á resfriar. (Por el perro.)

MIGUEL. (Cuando digo que es un gran tipo de suegra.)

FABIAN. ¿Y aun no ha decidido usted dónde va á parar?

AGAP. Qué sé yo, buscaremos una de esas casas de pupilos económicos y sin principios á seis reales.

FABIAN. Á propósito: aquí tengo la *Correspondencia* que compré anoche en Guadalajara y ahí podrá usted encontrar quizá lo que necesita.

AGAP. Hombre, la lista de la lotería... (Dando un salto.) ¿Qué miro? ¿será posible? Sí, sí, no cabe duda! cinco mil duros, veinticinco mil pesetas.

NIC. ¿Eh?

AGAP. Amigo mio, (Abraza cambiando á todos los personajes.) Teresa de mi alma! Nicolasa... (Acercándose al inglés.)

M. GUNG. Osté no besarme á mí.

AGAP. Y es verdad. (Reparando en él.) ¡Uf! ¿qué iba yo á hacer?

NIC. ¿Pero que significa?

AGAP. Es muy sencillo: que nos ha tocado el segundo premio de la lotería, mire usted don Fabian, mire usted.

FABIAN. Es verdad.

TER. ¡Ay, mamá, qué felicidad!

AGAP. Sí, hija mia, sí, alégrate, ya doy por bien empleado la pérdida de los billetes, de la cartera, del sombrero... de todo; lo único que me apura es cómo entro en Madrid sin sombrero y con los calzones rotos.

FABIAN. Por eso no se apure usted, con este gaban mio puede taparse bien.

AGAP. Pero si me estará muy largo. Vamos á ver. (Se lo pone ayudado de Teresa.)

M. GUNG. Mí querer ser participa en su alegría, mi regalarle este cláque. (Le dá un cláque, abriéndole, cuyo ruido hace dar un salto á D. Agapito.)

AGAP. (Poniéndoselo.) ¡Jesucristo! ¿dónde voy yo con esta chistera?

M. GUNG. Yes, osté estar mocho bien con la chistera.

AGAP. Acepto, milord, y le doy gracias.

MIGUEL. (Ahora si que le apedrean á mi futuro suegro.)

M. GUNG. Osté no tener que darme gracias: yo estar un inglés, osté estar un pobre hombre y verigut. (Abren las portezuelas del coche.)

FABIAN. Ya estamos.

AGAP. Hoy comeremos todos juntos.

TER. (¿Será posible?

MIGUEL. Todo se arregla mejor de lo que pensabamos.)

AGAP. ¿Y si milord gusta?

M. GUNG. Mi estar imposible, mi continuar por la circunvalamienta... adios. (Se baja.)

AGAP. Adios y yes.

NIC. Ahora sólo falta arreglar lo de los billetes.

FABIAN. ¿Vamos á ver al jefe?

AGAP. Como usted quiera.

FABIAN. (Baja y dice:) Andando.

MIGUEL. Espere usted, señora. (Baja y da la mano á Doña Nicolasa para ayudarla.)

TER. ¿Se le olvida á usted algo? (Bajando.)

AGAP. ¿Á mí?... no... pero qué digo... Sí, sí, se me olvidaba lo principal, esperar un momento.
(Al público.)

Para mí en pocas horas
expresamente
hizo el autor, señores,
este juguete.
Yo agradecido,
para él cuatro palmadas
no más suplico.

FIN DEL JUGUETE.

PUNTOS DE VENTA.

MADRID.

Librerías de *La Viuda é hijos de Cuesta*, calle de Carretas, y de *D. J. A. Fernando Fé*, Carrera de San Jerónimo.

PROVINCIAS.

En casa de los corresponsales de la ADMINISTRACION LÍRICO DRAMÁTICA.

Pueden tambien hacerse los pedidos de ejemplares directamente á esta *Administracion* acompañando su importe en sellos de franqueo ó letras de fácil cobro, sin cuyo requisito no serán servidos.